

AÑO 1.—NUM 2. FEBRERO DE 1849.

LA MEDICINA ECLECTICA.

PERIODICO MENSUAL,

Por una Sociedad de Médico-Cirujanos.

Parte Teórica.

SIGUE LA DISERTACION SOBRE LAS GENERALIDADES DE LA
MEDICINA CLÍNICA.

TRATAMIENTO PROFILÁCTICO.

El tratamiento profiláctico previene las enfermedades, ejemplo, la vacuna que preserva de las viruelas. Desgraciadamente su aplicación tiene lugar en muy pocos casos, porque para emplearle con éxito, sería menester conocer perfectamente las causas próximas de las enfermedades, y en esto nos hallamos muy atrasados.

TRATAMIENTO CURATIVO.

El tratamiento curativo se limita las mas de las veces á dejar obrar la naturaleza. Al pronunciar esta palabra, oigo ya hacer exclamaciones en señal de reprobación; mas entiéndase que aquí esa palabra no es mas que una fórmula abreviada, como la de fuego vital, destinada para espresar un conjunto de hechos maravillosos, cuyos resultados vemos sin que los compren-

damos. Es incontestable que el organismo está tan bien dispuesto y arreglado, que muy amenudo se nota en él una tendencia espontánea á la curación: séame pues permitido por ahora llamar naturaleza á esta causa desconocida, que tal influencia ejerce en el restablecimiento de la salud. Véase curar una enfermedad, ora sometida á toda clase de tratamientos, ora abandonada á sí misma, ora también á pesar de todo tratamiento, y dígaseme; si no hay aquí una potencia superior, alguna cosa de mas elevada gerarquía que nuestras medicaciones, á la que en todos estos casos deba atribuirse la solución del estado morbozo! El médico debe contentarse las mas de las veces con remover las causas de accion y estimulacion de los órganos, pues la naturaleza hace lo demas; pero no por eso dejará de observarla. Si la enfermedad disminuye, continuará obrando como hasta entónces; si persiste, meditará si otros medios mas activos podrian ser ventajosos; si se agrava, no perderá tiempo; si sobrevienen nuevos síntomas, investigará sus causas orgánicas y las combatirá con energía. Seria menester ser muy poco observador para dejar de conocer que muchas enfermedades se curan espontáneamente; pero decir que con frecuencia no conviene atacarlas, seria un absurdo, y absurdo peligroso. Deben atacarse desde el principio con la mayor energía las afecciones que se presentan con cierto carácter de gravedad. Desconfiad de aquellas lesiones, que leves al principio en apariencia, ocultan bajo el aspecto falaz de su inocencia la cronicidad, á cuyo término se encuentra la muerte: este es el caso de *principiis obsta*. ¡Cuántas personas no se hubieran librado de la muerte en una pulmonía si se hubiese combatido á tiempo el infarto sanguíneo, que por el menor obstáculo en la respiracion se forma en la parte posterior de los pulmones!

Hay muchas enfermedades que pueden curarse por

solos los esfuerzos de la naturaleza; hay otras que exigen el concurso de esta y de los medios que emplea el profesor; y otras finalmente, que no pueden curarse en manera alguna. No concibo como algunos hombres versados en la anatomía patológica, administran el cloro ó el iodo, en los casos en que todo un pulmon está sembrado de tubérculos en masa, crudos, reblandecidos ó ulcerados. Si pudiera reblandecerse en su estado normal un órgano enfermo hasta ese grado, no sería extraordinario que viésemos tomar al hígado la apariencia carnosa del corazón, bajo la influencia de los medicamentos.

De dos ó mas sustancias medicinales que ofrezcan igual probabilidad de un buen resultado, debe emplearse aquella que esponga al enfermo á ménos contingencias. La abstinencia y el reposo curan por sí solos muchas enfermedades, ó cuando ménos facilitan su curacion. El régimen no consiste siempre en la dieta absoluta; por el contrario, se cura un gran número de afecciones con alimentos fortificantes. Las bebidas simples secundan felizmente los efectos de los agentes higiénicos. Las evacuaciones sanguíneas generales, á las que teme muchas veces recurrir un médico prudente, al paso que otros las prodigan con esceso, son poderosos medios que producen con frecuencia excelentes efectos en las inflamaciones locales, particularmente de las vísceras parenquimatosas. El grande arte de su aplicacion consiste en saber apreciar los casos en que están indicadas, sin llevarlas nunca al extremo; para esto se requiere en el profesor cierto tino práctico que no es muy comun. Las sangrías generales tienen sobre los locales la ventaja de poder ser graduadas con mucha mas exactitud; pero en cambio determinan estas con frecuencia una útil revulsion. En general no debe sangrarse si la hematosiis se ejecuta mal, y cuando no hay medios de réparar ulteriormente la sangre que se saca.

Las sangrías no curan los tubérculos, el cáncer, &c. &c.; pero es muy posible que en ciertos casos puedan prevenir ó evitar su desarrollo.

Algunas lesiones, cuya causa se refiere generalmente á la irritacion, pueden provenir de un obstáculo ó dificultad en la respiracion, como la pneumonia de los viejos, y la que es consecuencia de la inyeccion ó presencia de materias viscosas ó pus en las venas. En estos casos es en los que las sangrías generales están indicadas con mas particularidad. Sin embargo, cuando en alguna de las cavidades existe un gran foco purulento, ó sustancias venenosas, debe evitarse la flebotomía, que produciendo un vacío en los vasos, favorecería su absorcion. Una sangría puede curar una congestion encefálica, calmar la inflamacion que rodea á un quiste apopléctico, pero no hace que este desaparezca. El reblandecimiento cerebral en los viejos no cede á los antiflogísticos: tampoco cede á los tónicos; no le he visto ceder á nada.

La quina y el sulfato de quinina curan las mas de las veces las enfermedades periódicas, cualesquiera que ellas sean; cortan con frecuencia los parosismos ó exacerbaciones intermitentes que acompañan á las enfermedades orgánicas, si se reproducen á una misma hora; estas subsisten, es verdad, empero las exacerbaciones que presentan sus síntomas, pueden cesar de este modo por algun tiempo. El sulfato de quinina administrado aun en dosis elevada, me ha parecido que no irritaba el estómago sino muy rara vez.

Los eméticos y purgantes no siempre ocasionan una fuerte irritacion de la membrana mucosa gastrointestinal. Sucede con algunos de estos lo que con la raíz de pelitre, que puesta en contacto con la lengua, hace fluir abundantemente la saliva sin enrojecer su membrana, y modifica su sensibilidad de una manera particular. Los drásticos producen muy felices efectos

en ciertos casos de hidropesía que se creen desesperados: parecen tener en la ascitis una accion ventajosa mas notable que los diuréticos. Hay pocos medicamentos esencialmente sudoríficos: no recuerdo haber visto un solo caso en que el guáyaco, la raiz de china, la zarzaparrilla, &c., hayan provocado por sí mismos el sudor. El agua á una temperatura elevada, las friegas y la aplicacion del calor sobre la piel, parecen ser los únicos medios verdaderamente sudoríficos que poseemos. No debe temerse el uso de los espectorantes cuando el pecho se halla embarazado ó ocupado; es cierto que algunas veces pueden irritar el estómago; pero cuán pequeño é insignificante no es este inconveniente comparado con el peligro que trae consigo la formacion de la espuma bronquial? Los antiespasmódicos son numerosos, y deben manejarse con prudencia; mas se sabe despues de haber visto muchos enfermos, que es necesario en algunos casos no descuidar su administracion. Los cálculos aritméticos relativamente á las ventajas de los vejigatorios en este ó el otro caso, no han conducido á todos los observadores á los mismos resultados; algunos los han mirado como inútiles fundándose en datos estadísticos, al paso que investigaciones de la misma naturaleza me obligan á mí á considerar esos medios como de una utilidad real y positiva aplicados oportunámente.

Los medicamentos peligrosos y los venenosos deben administrarse con una estremada prudencia: son muy raras las ocasiones en que su uso está indicado. El opio y sus preparaciones no siempre calman los dolores; el tártaro estibiado ha sido útil en algunos casos desesperados de pulmonía; pero he visto tambien mas de una vez que ha producido una diarrea grave ó mortal. Los medicamentos nuevos deben mirarse con cierta desconfianza. Seria muy curioso hacer una reseña de todos los prodigios atribuidos á una sustancia en la época de su

publicacion, y compararlos con su nulidad é ineficacia actuales. El práctico debe dirigir sus esfuerzos mas bien á determinar los efectos de los medicamentos vulgares y ya conocidos, que no á hacer esperimentos sobre los remedios nuevos. Pocas son las sustancias, cuyo modo de obrar y circunstancias en que debe administrarse se conozcan á fondo. No son, pues, materiales de trabajo lo que falta en terapéutica; son trabajos bien hechos y bien acabados.

No deben despreciarse los detalles, de cualquiera naturaleza que sean, en Medicina; muchísimas veces se consigue el alivio ó la curacion de una enfermedad por cosas al parecer insignificantes. Cambiar la actitud del enfermo en una pulmonía, é impedir que la parte dañada se mantenga en una posicion declive, puede ser en algunas ocasiones mas útil que recurrir á las sangrías ó al tártaro estibiado. Si se quiere juzgar del efecto que ha producido un medicamento, es preciso saber cuándo, cómo y en qué circunstancias ha sido administrado, y averiguar tambien si el enfermo ha hecho ó nó uso de él. ¡Cuántas veces no se atribuye la mejoría á la virtud de un medicamento que no se ha tomado!

TRATAMIENTO PALIATIVO.

Hay mas mérito quizá en dirigir bien el tratamiento paliativo que el curativo. El primer cuidado del médico en una lesion incurable debe ser el de contener, si es posible, sus progresos; observar despues y combatir las lesiones intercurrentes que pueden agregarse, á fin de impedir que aumenten la gravedad del mal primitivo, ó decidan con mas prontitud su terminacion fatal. El médico debe procurar calmar los dolores; empero ¡qué prudencia no se necesita en la administracion de los medicamentos narcóticos, que, si bien hacen la vida mas soportable, pueden tambien abreviar su duracion!

El médico que presta sus cuidados á un enfermo

que prevee la proximidad del término de su carrera, debe encontrar en su filantropía el valor necesario para consolarle; seria muy útil ocultarle su próximo fin, pero como esto está en oposicion con nuestra religion, que debe ser primero que todo, ni se puede ni debe ponerse en práctica.

En el tratamiento de las enfermedades considerado en general, no debe haber preocupacion alguna en favor de una opinion formada de antemano, ni obstinarse tampoco en la continuacion de un plan terapéutico que no produce alivio. Antes de dar el segundo paso en terapéutica, es necesario reconocer bien la huella que ha dejado el primero. Las dosis de los medicamentos peligrosos deben ser siempre muy pequeñas, fuera de algunos casos urgentes. El conocimiento de la idiosincrasia de un sugeto puede conducir al práctico á resultados muy diferentes de los que la esperiencia parece sanciona en un gran número de personas.

En el tratamiento de las enfermedades todo debe estar subordinado á los dos grandes reguladores de la Medicina, la observacion atenta, y el juicio que medita. El médico debe hacer un estudio particular de cada enfermedad, fundando su raciocinio con el analogismo en los otros casos idénticos que él mismo ha observado. En la Medicina nada se retiene como lo que se vé; nada se sabe mejor; ni se medita con mas interes, y de nada se saca mas partido: en fin, no solamente nada se retiene y sabe como lo que se vé, sino que hay tambien muchas cosas que las ignorariamos completamente, ó no podriamos formarnos una exacta idea de ellas por la lectura del retrato mas perfecto que se encuentre en los libros. Con razon decia, pues, el médico de D. Juan II D. Fernan Gomez de Ciudadreal, que «el *audito* no puede dar al entendimiento la narracion que el *viso* «faz.» —J.



Filosofía Médica.

PARECE que la especie humana está condenada á propender sin cesar en sus opiniones y en su conducta hácia los extremos de las cosas, sin que la esperiencia de los inconvenientes y males sin cuento que le resultan de tocar en estos extremos la convenza jainas, ni sea bastante poderosa para hacerla mantener en el medio prudente y racional donde solo puede hallar el orden, la felicidad y la verdadera sabiduría. Obsérvese al hombre bajo el aspecto religioso, político ó moral, y se le verá pasar de continuo de la supersticion á la incredulidad, de la esclavitud á la anarquía, y de la abnegacion estúpida de sus derechos al escándalo de la licencia y del libertinage; pudiendo decirse, que la observancia de aquella máxima sublime y profunda de un filósofo antiguo *nequid nimis*, se halla casi totalmente desterrada de la sociedad.

Si concretamos ahora estas observaciones al estudio de la Medicina, veremos tambien realizada la misma verdad. Las prácticas sencillas y las sucintas notas de los primeros observadores, eran sin duda poca cosa para constituir una ciencia; era preciso establecer principios, y se conoció la necesidad de formar una teoría, pero en vez de fundar esta en las consecuencias legítimas de los hechos, se miraron estos como innecesarios, se dió rienda suelta á la imaginacion, y aparecieron las estravagancias médicas de Pitágoras, los desvaríos de Platon y los sueños de Demócrito. Conócese en breve este fatal estravío de la ciencia; un solo hombre (el grande Hipócrates) procura remediarlo manteniéndose en el medio conveniente, pero sus sucesores abandonan este medio. Vuelven á presentarse los empíricos, decididos

á poner término á los errores de los dogmáticos, pero en vez de restablecer el imperio de la observacion para formar á sus espensas un cuerpo de doctrina regular y completo, se limitan á lo puramente práctico y experimental, desechan los principios, y proscriben toda especie de dogmas y de teorías. Alzaase los humoristas, y considerando á los sólidos como unos instrumentos inertes, todo lo hacen depender del vicio y de la alteracion de los líquidos. Esto era inexacto y erróneo, y los sólidos debian recuperar su influencia indudable en la produccion de los fenómenos de la vida, pero los solidistas caen en el extremo opuesto, dotando únicamente de propiedades vitales á los sólidos y privando de ellas á los mismos humores de que se formaron aquellos. Algunos hombres de genio consideraron á la Medicina como una ciencia abstracta, y en el retiro de sus gabinetes, y prescindiendo del conocimiento del hombre físico, se arrojaron á sistematizar sobre las leyes de la vida y las causas de las enfermedades. Este abuso ha sido en estos últimos tiempos objeto de una declamacion justa y casi universal. *Es imposible, se ha dicho con razon, discurrir con acierto en fisiología sin conocer prácticamente la composicion del cuerpo del hombre; en patologia lo que mas importa es conocer el asiento del mal; las enfermedades no son entes que vagan por la economía, sino afecciones de órganos &c.*; y he aquí los motivos de la fundacion de la escuela anatómica moderna. Hijos y partidarios decididos de esta escuela, conocemos toda la importancia de los servicios que ha prestado á la ciencia; preveemos los que podrá todavía prestarle con el tiempo, pero no se nos oculta todo lo que tiene de vago, de incierto y aun de falaz; y como vemos en la juventud médica del dia una decision acaloradora, un cierto grado de exageracion y de esclusismo á favor de esta clase de investigaciones, temerosos de que esto nos conduzca á los incon-

venientes y desbarros propios de todo extremo vicioso, hemos creído prudente y oportuno insertar en nuestra *Medicina ecléctica*, por vía de preservativo, las siguientes

REFLEXIONES

sobre el estado actual de la medicina en Francia, por el doctor Saint Georges-Ransol, médico en Luzon (Vendée).

Bichat, igualmente preconizado por las escuelas fisiológica, anatómica y ecléctica, pasa comunmente por fundador de la fisiología y aun de la patología actuales.

Me lisongo de que si Bichat no hubiera bajado al sepulcro á los 29 años de edad, habria podido llegar á ser un excelente médico, tanto mas, cuanto que estaba ya colocado al frente del Hotel-Dieu.

Desgraciadamente para la ciencia, una caída que dió al bajar una escalera, produjo una conmoción cerebral que le arrebató en poco tiempo.

Segun se vé en los prolegómenos de su *Anatomía general*, rechazaba con energía la doctrina de Brown y admitía muchas enfermedades primitivamente humorales; tambien decia con mucha razon: *Un solidismo absoluto, asi como un humorismo esclusivo, es una contradiccion patológica*. Sin embargo, despues de haber dicho que la anatomía patológica es inútil para el estudio de ciertos géneros de fiebres y de neuroses, esclama un poco mas adelante con íntimo convencimiento: *¿De qué sirve la observacion si se ignora el asiento del mal?* Y añade: *Aunque por espacio de veinte años se hayan hecho dia y noche apuntes á la cabecera de los enfermos sobre los afectos del corazon, de los pulmones, de las vísceras gástricas, no será todo esto mas que una confusion en los síntomas, que no refiriéndose á nada, ofrecerán por necesidad una serie de fenómenos incoherentes.*

Estas últimas espresiones, enfáticas y destituidas de fundamento, son las que tomadas á la letra han sido origen de las hipótesis patológicas de nuestra época. Yo preguntaré á los partidarios de este anatómico justamente célebre, si *Hipócrates*, que ciertamente no abría cadáveres, no ha descrito perfectamente los síntomas patognomónicos de las enfermedades, y si todos los cuadros que nos ha dejado de ellas, no son aun notables por su verdad, y los mas exactos modelos de observaciones clínicas. ¿Areteo de Capadocia, cuyas obras no se han leído bastante, y que no era médico aficionado á cadáveres, no nos ha transmitido la descripción fiel de una porcion de afectos agudos y crónicos? No solo pintó natural y rigurosamente al hombre enfermo, sino que fué un médico dotado de los mas sólidos conocimientos en terapéutica, puesto que sus recursos curativos son poco mas ó ménos los mismos de que hacemos hoy uso. En efecto, en las inflamaciones de las vísceras, sangraba copiosamente y aplicaba las ventosas, hoy demasiado olvidadas y substituidas por las sanguijuelas: en los *afectos saburrales*, daba purgantes y vomitivos; en los *cólicos*, eran los baños y los calmantes los remedios que empleaba. ¿Qué mas sabemos nosotros en el día, sobre la curacion de las enfermedades cuyo cuadro nos ha dejado trazado este autor? Nada, á escepcion de que la Farmacia actual es mucho mas rica que lo era en su tiempo. No es ciertamente á la anatomía patológica á quien debemos estas riquezas terapéuticas, sino á la perfeccion de las ciencias naturales, y con mas frecuencia á la casualidad, madre de los mayores descubrimientos. *Sydenham*, uno de los mejores médicos del siglo XVII; *Sydenham*, cuyas obras vivirán tanto como el arte, por la mas simple y natural pintura de las enfermedades, así como por la mas exacta esposicion de las indicaciones terapéuticas; *Sydenham*, digo, no era médico que se entregaba á

las autopsias de los cadáveres, pues que sus doctrinas eran todas humorales, y no cita en sus escritos ninguna de estas inspecciones sobre las que se publican en Paris millares de volúmenes, á propósito para adormecer al que tenga la paciencia de leerlos. No puedo ménos de decirlo en este momento; esta manía de llenar los libros de *observaciones clínicas* es fastidiosa, y en nada influye sobre los progresos del arte. En la actualidad necesita la Medicina dogmas que sean el resultado de la esperiencia y la observacion de los tiempos antiguos y modernos: esta obra que es indispensable, nos falta todavía, y no se hará jamas en Paris, porque es imposible que con el modo de escribir adoptado en la capital, se pueda dogmatizar el arte médico.

He debido reproducir estas espresiones tan ligeras y anti-clínicas que se escaparon á la pluma de Bichat. No añadiré mas que una palabra; y es que las enfermedades existen en el hombre vivo y no en los cadáveres, en los que no se observan mas que alteraciones orgánicas que no son frecuentemente mas que los efectos de los síntomas primordiales de las enfermedades, ó bien depravaciones humorales, cuya justa apreciacion está fuera del alcance de los conocimientos químicos. Sin embargo, la inspeccion de los cadáveres tiene cierto grado de utilidad; pues nos hace conocer el sitio y algunas veces la causa de los síntomas, que sin ellos serian inesplicables, y para probar la impotencia del arte en las enfermedades en que hay desorganizacion de tejidos.

Algunas veces puede ilustrar al médico sobre el diagnóstico y aun sobre el tratamiento de las enfermedades; pero no es ménos cierto que este ramo de la patologia es muy inferior por los servicios que nos ha prestado á la semeyótica y terapéutica. Por mi parte nunca he despreciado este medio de investigacion clínica, al cual me entregaria con ausia si me fuera posible;

pero he deplorado siempre los abusos tan funestos para el género humano, que han resultado diez y seis años hace del uso que de él se ha hecho.

Mr. Broussais que se considera propagador de las doctrinas de Bichat ha ido mucho mas allá que su maestro, y ha terminado por sumergir á la patologia en el caos, para crear lo que él llama una escuela *fisiológica*, á fin de que un bello nombre sirviese para ocultar los vicios de la cosa nombrada. El espíritu de la juventud inesperta se deja fácilmente arrastrar por el que manifiesta mas jactancia. Segun este reformador, no hay en las enfermedades mas que lesiones *orgánicas*, las *fiebres esenciales* y los numerosos afectos *humorales*, que prestan tantas indicaciones, no son mas que hijos fantásticos de la imaginacion de los médicos antiguos. Asi que, á pesar del respeto y entusiasmo que manifiesta Mr. Broussais en sus escritos hácia la memoria de su jóven é ilustre maestro, no hace en realidad mas que hollar su doctrina patológica. Segun su lenguaje, lleno de jactancia y acrimonia, nada se sabia antes de él; él es quien ha fijado el tratamiento de las enfermedades, preconizando el agua de goma y las sanguijuelas; y no sin razon se ha podido comparar á Mr. Broussais con el médico Sangredo de Valladolid, cuyo retrato es una crítica ingeniosa de los sistemáticos de todas las épocas.

Mucho tiempo hace que deploro la fatal anarquía en que se halla la Medicina, y en particular la discordia que reina entre las escuelas de Paris y de Montpellier.

Los médicos ilustrados saben, lo mismo que el vulgo, que Montpellier ha sido por muchos siglos la primera escuela de la medicina francesa. La celebridad de la enseñanza, la profundidad de las doctrinas médicas que abrazan á la vez todos los hechos fisiológicos, terapéuticos y anatómicos, el establecimiento de las oposiciones á cátedras, todo ha contribuido á conser-

var la fama de una escuela, que fundada hácia fines del décimo siglo, no ha cesado de sostener dignamente su elevada reputacion.

Habia llegado al mas alto grado de esplendor hácia mediados del siglo último, gracias á los raros talentos de Sauvages, de Barthez, de Baquenot, de Fizes, de Charles Le Roy, &c., &c., y aun de Borden, el cual aunque no figuró jamas entre los catedráticos, fué un discípulo célebre de la facultad de Montpellier, y puede ser con justa razon considerado como el padre de la fisiología moderna. En esta época se miraba á Montpellier, en Francia y en el extranjero, como la única universidad donde se cursaban con lucimiento los principios fundamentales de la Medicina. Las escuelas de Angers, Toulouse, Besauzon y aun la de Paris, no podian rivalizar con la universidad de las regiones languedocianas, que debia ser mirada con razon como la madre de las demas facultades, de las cuales casi todos los profesores habian seguido ó perfeccionado sus estudios en Montpellier. No habia pues en Francia en aquella época mas que una sola doctrina patológica, la del Mediocrismo, puesto que los discípulos mas distinguidos de esta escuela eran profesores en las demas. ¿En qué consiste que se ha destruido esta unidad de doctrina, y ha sido seguida de una guerra civil de las mas largas y tenaces? He aquí, si no me engaño, la razon. Mucho tiempo hacia que la escuela de Paris, apesar de su posicion tan ventajosa y brillante, estaba causada del estado de servidumbre é inferioridad en que se hallaba colocada; esperaba con impaciencia el momento favorable para declararse independiente, cuando estalló el movimiento revolucionario que derribó las instituciones políticas y los establecimientos científicos; todas las academias y universidades de Medicina fueron abolidas.

No cesó de hacerse oír la voz de los profesores de Languedoc. Paris, gracias á sus inmensos y numerosos

hospitales, se hizo el centro de la educacion médica; los jóvenes que se dedicaban á la Medicina se dirigieron á la capital; en donde bajo la direccion de los Desault, los Pelletan, los Corvisart, &c., &c., encontraron una vasta y sólida instruccion. El gobierno de 1793 que conocia la necesidad de tener muchos cirujanos, en medio de una guerra continental, creó las escuelas que llamó de *Sanidad*. Montpellier pudo de nuevo entregarse á la enseñanza; Beaumes, con una elegancia única, y coronada su frente con tantos laureles académicos, hizo resonar en la cátedra de clínica los preceptos mas seguros del arte de curar.

Pinel por su parte se esforzó en crear una escuela parisiense. El médico de la Salpetriere adoptó los principios de Brown, que jamas habia sido práctico. Celoso de la gloria de la facultad langüedociana, formó el proyecto de crear una *Nosografía*, á la que condecoró con el nombre de *filosófica*. Tuvo cuidado, así como el reformador escocés que no habia hecho mas que copiar á Themison, de cambiar las denominaciones antiguas y justamente aplicadas á las fiebres. La *inflamatoria*, que es á un mismo tiempo una excitacion violenta del sistema arterial y una alteracion especial de la sangre, como lo demuestra la costra sanguínea, quedó convertida en angioténica: la fiebre *biliosa* fué llamada *meningo-gástrica*; la fiebre mucosa, *adeno-meningea* y la fiebre pútrida *adynámica*. No fué en realidad sino con palabras impropias con lo que Mr. Pinel se ha adquirido una gran celebridad; y con un solidismo esclusivo, el mas peligroso, es como el profesor parisiense ha fijado sobre sí la atencion del mundo médico durante cerca de veinte años.

Atormentado Pinel por ideas novadoras y arrastrado sin duda por la accion irresistible de la revolucion, refundió la patologia, se separó enteramente de la escuela de Montpellier, lanzó epigramas contra Sauva-

ges que le habia precedido en la carrera tan espinosa de la clasificacion de las enfermedades, y al que deberia haber dado muestras de respeto y gratitud por haberle abierto el camino. Mas uno de sus discípulos ingrato á su vez, no ha tardado en castigarle de esta injusta conducta. Realmente, desde la era de Pinel, es desde cuando se ha pronunciado el cisma que divide ambas escuelas.

Pero volviendo á Bichat: este jóven fisiólogo, dedicado á la anatomía, y cegado como Cabanis por las doctrinas materialistas de su tiempo, pensó que las fuerzas vitales dependian de la colocacion de las moléculas de la materia, y renovó la hipótesis orgánica de los discípulos de Asclepiades que habian tomado sus ridículas ideas de la secta de Epicuro. Bichat se dejó estraviar por las opiniones puramente hipotéticas de Hobbes, Diderot, Helvecio y de todos los que pretendian en el último siglo que la organizacion producía la sensibilidad, la contractilidad, las funciones de la economía, y hasta el pensamiento. El anatómico de Paris, partiendo de principios tan falsos y euteramente contrarios á los de Montpellier, fundó así una escuela fisiológica que se ha propagado hasta nuestros dias con las lecciones de Mr. Broussais.

El cisma parisiense viene pues desde Pinel y Bichat. El primero fué un solidista exagerado y por consiguiente un sistemático; el segundo queriendo explicar por la organizacion las fuerzas que constituyen la vida, adelantó una hipótesis que los hechos anatómicos, fisiológicos, patológicos y terapéuticos, desmienten á cada paso. Nada hay mas cierto que la asercion de que la escuela de la capital desde que se ha separado de la de Montpellier, no ha hecho mas que correr de error en error; ha sufrido la suerte que está reservada á todos los cismáticos; se ha dividido en una porcion de sectas rivales y enemigas unas de otras.

Felizmente despues de tantos debates estériles y muchas veces escandalosos, se verifica de dia en dia una prudente revolucion en las ideas fisiológicas y patológicas de Paris; las doctrinas puramente experimentales de Montpellier trasladadas á la capital por los periódicos y los escritos notables de Rouzet, Miquel, Bousquet, Berard, Double y muchos otros médicos del mayor mérito procedentes de la facultad languedociense, parecen arraigarse cada dia mas y anuncian el fin de las heregías médicas. Ya es tiempo de que se verifique una perfecta reconciliacion entre las dos escuelas; y de que no se diga doctrina del Mediodía y doctrina de Paris, sino doctrina médica francesa. Manifiéstese la primera un poco ménos metafísica; y renuncie la segunda á un materialismo exagerado, y se llegará quizá á conseguir una fusion de doctrinas. Nada me lisongearia tanto como poder cooperar á esta pacificacion, tan necesaria para la gloria y prosperidad de la Medicina.

Parte Práctica.

QUEMADURAS.

Ubi est stimulus ibi affluxus, ubi affluxus ibi dolor, ubi dolor ibi morbus; ita est; ignis applicatus in corpore humano producit dolorem et affluxum, ergo quoque morbum.

HE aquí una especie de enfermedades cuya causa es bien conocida, y que produce desórdenes en la economía siempre que se pone en contacto con el cuerpo vivo, que obra del mismo modo en todos los individuos á pesar de ser sus temperamentos y constituciones dife-

rentes; no queriendo decir con esto que las particularidades individuales no combatan diferentemente la causa, pero esta causa produce lesiones, y estas son las mismas en unos sujetos que en otros, á pesar de ser la impresion diferente segun los individuos, como acabo de decir. Esta causa es la aplicacion inmediata de los cuerpos en estado de ignicion ó saturados de calórico. ¿Qué dirémos pues, qué son quemaduras? Las lesiones mas ó ménos graves en una parte viva, producidas por la accion del fuego mas ó ménos concentrado.

El desarrollo de esta enfermedad es desde luego que obra la causa, lo cual no sucede en muchas otras, ó á lo ménos no sabemos cómo se desarrolla luego de recibida la causa que las produce. Las quemaduras presentan diferencias segun la prontitud, intensidad y profundidad de las impresiones que los cuerpos saturados de calórico ó en ignicion ocasionan, están en razon directa de su intensidad, de su capacidad para el calórico, de la cantidad que contienen de este principio, y de la facilidad con que le abandonan para comunicarle á los cuerpos ambientes. Unos cuerpos tienen y transmiten mucho mas calórico, como los metales; otros ménos, como los líquidos, y éstos aun se distinguen; pues hay diferencias entre las quemaduras producidas por el aceite, caldo, leche y el agua, y aun este es diferente segun esté ó no saturada de sal. El hierro incandescente al grado blanco quema mas profundamente que en los otros grados de incandescencia. Hay que atender tambien á la estension y lugar que ocupan las quemaduras.

Desde la mas remota antigüedad han reconocido los autores la necesidad de determinar los diversos grados de quemaduras, pero todas se reducen ó bien á la clasificacion de Fabricio de Hilden adoptada por Boyer, ó bien á la de Marjolin y Ollivier, ó á la de Dupuytron, que es el que mas ha adelantado la análisis.

Fabricio de Hilden admitia tres grados, que son: el

primero cuando hay simple eritema; el segundo cuando hay estado erisipelatoso, con flictenas, y el tercero cuando hay escara.

Marjolin y Ollivier admiten dos: primero, inflamacion; segundo, desorganizacion inmediata.

El baron Dupuytren admitió seis, considerando los elementos orgánicos que en cada uno de ellos han sido afectados:

Primer grado (forma eritematosa de Rayer). Rubefaccion de los tegumentos, la cual desaparece momentáneamente con la presion; pasados algunos dias no hay calor, ni dolor, y empieza la descamacion: no hay calentura sino cuando coje una gran superficie de la piel; hay algunas veces delirio, coma, vigilia, movimientos convulsivos, y aun la muerte si se estiende mucho, y aun mas si está á los tegumentos de la cabeza, como dice Vidal de Cássis. Es quemadura de primer grado la efelides que se manifiesta en la parte interna de los muslos de las mujeres que usan braserillos: Brignet ha observado que las figuras como de embutidos que se ven en dichas partes, son formadas por las venas que se han ensanchado mucho, y al rededor de estas el tejido celular empapado de sangre.

Segundo grado (forma vesiculosa ó ampollosa de Rayer). La causa es mas enérgica, y su accion dura mas; hay flictenas que se elevan al cabo de algunas horas, hay dolor primero vivo, despues acre, quemante, tensivo, que aumenta cuando se levanta la epidermis, y entónces hay una pequeña supuracion, pero no queda ninguna lesion cuando se ha curado con cuidado y la inflamacion no se ha prolongado mucho.

Tercer grado (forma gangrenosa de Rayer, lo mismo que los tres grados siguientes). Hay destruccion del cuerpo mucoso y mamilar del cúlís; existen manchas de color gris, amarillentas ú oscuras, é insensibles cuando se las aprieta suavemente, pero si al contrario

se siente un dolor mas ó ménos agudo. Quedan cicatrices, bien sea que la escara caiga por entero ó á pedazos. Es de advertir que estas escaras contienen una serosidad negruzca, lactescente ó muy colorada por la sangre cuyo carácter forma el diagnóstico de dicho grado.

Cuarto grado. Escara de todo el espesor de la piel, es mas oscura, mas seca, mas dura, y su encogimiento arruga la piel sana que la rodea. El dolor que cesó con la accion del calórico comparece al cabo de dos ó tres dias, y es preludio de la inflamacion eliminativa que ha de separar la escara á los quince ó veinte dias. En este caso la supuracion es mas abundante presentándose los botones carnosos que forman el tejido modular, que describió tan exactamente el sabio y malogrado Delpech: este tejido, dice el citado autor, «posee una fuerza de retractilidad notable, por cuyo motivo deberá vigilarse la cicatrizacion y dirigirla, porque no se formen deformidades, que no solo pueden alterar la belleza de las formas, sino impedir el ejercicio de algunas funciones importantes.» Tal es dicha fuerza de retractilidad que muchas veces es impotente dicha vigilancia.

Quinto grado. La mortificacion se estiende á todos los elementos orgánicos, tejido celular, aponeurosis, músculos, nervios, hasta los mismos huesos. Hay escaras negras, deprimidas, friables; cuando es un líquido hirviendo la causa que lo ha producido, forma una masa blanda, gris, insensible, que se hunde al contacto del dedo sin escitar dolor.

Sesto grado. La combustion total de una parte. Dupuytren para caracterizar este grado cita el estado ó ejemplo de un jóven que andando por una fábrica de fundicion, metió el pié en un conducto por donde debia pasar el metal. Este le alcanzó, y solo sacó de aquel rio de fuego un miembro sin pié y parte inferior de la

pierna: este individuo no sintió ningun dolor, ni advirtió de pronto la mutilacion que acababa de sufrir.

A pesar de estar bien marcados los caracteres de estas seis especies ó grados de quemaduras, no obstante es muy difícil las mas de las veces distinguirlos á primera vista, porque el calórico puede obrar en un mismo miembro con mas intensidad en una parte que en otra, y entónces sucede que en una parte será, por ejemplo, quemadura de segundo grado y en otra de cuarto, &c.

En las quemaduras deben considerarse tres series de síntomas, los cuales en tres épocas diferentes y principales en su curso pueden comprometer la vida de los enfermos.

El dolor que acompaña á las quemaduras, puede ser tan intenso que cause repentinamente la muerte, y guarda proporcion con la imperfeccion de las mismas y lentitud con que se verifican, mejor que con su estension y el número de partes interesadas: y en tanto esto es así, que cuanto mas rápida es la quemadura y mas pronto desorganiza, tanto mas agudo es el dolor que la acompaña. El dolor intenso parece que desarrolla en el sistema nervioso cerebral una irritacion violenta. La sangre á consecuencia del estraordinario estímulo del corazon y aparato vascular, parece hace esfuerzos para escaparse á traves de todas las porosidades libres de las superficies internas. En la membrana mucosa gástrica, del mayor número que mueren en las llamas ó poco despues que fueron sacados de ellas, se encuentran manchas de un encarnado muy vivo y mas ó ménos estensas, las cuales las mas de las veces lo son, como he tenido ocasion de observar en varios cadáveres muertos en las llamas; hay exhalaciones sanguíneas en la cavidad del estómago é intestinos, hallándose la sangre mezclada con el moco y demas humores contenidos en los mismos. El cerebro se halla ingurgitado de

sangre, la serosidad de sus ventrículos es rojiza, conteniendo tambien el mismo color la contienen la pleura; el pericardio y el peritoneo. Tambien es sanguinolenta la mucosidad de los bronquios, y la mucosa que los viste presenta diferentes puntos encarnados, estando ademas sus capilares bastante inyectados.

Si estas congestiones celebrales, pulmonares y gastro-intestinales ocasionadas por la violenta y estensa impresion del calórico no son tan intensas que determinen inmediatamente la muerte, ponen al enfermo en un estado de postracion y estupor profundo. El pulso es pequeño, el cutis, en los puntos en que no ha alcanzado la quemadura, se presenta frio y pálido, la respiracion lenta, los miembros inmóviles y abandonados á su propio peso, el enfermo no responde á las preguntas que se le hacen, ó bien sus contestaciones son tardas é inconexas, siguiendo á esta especie de aniquilamiento de fuerzas una muerte pronta: sin embargo, algunas veces sobreviene al estupor una reaccion, á lo cual parece contribuyen los dolores que resultan de la quemadura, la cual es necesario moderar sin pérdida de momentos.

(Se continuará.)

MENSTRUACION.

Leemos en los periódicos ingleses la observacion de una niña de tres años, que desde la edad de uno tiene la menstruacion regularmente. Están sus mamas tan desarrolladas como en una mujer de veinte años, y sus nalgas son igualmente muy robustas; el púbis cubierto de bastante número de pelos; los grandes así como los pequeños labios como las de una mujer adulta; el hímen intacto y la vagina bastante ancha. Su rostro parece indicar una edad muy avanzada; diríase ser el de

una anciana. Lo que hay de mas notable, es que la niña en cada época experimenta los prodromos ordinarios de la menstruacion, tales como los dolores uterinos y lumbares, &c.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DEL REINO.
Direccion de Sanidad.

Cuando el gobierno de S. M. determinó en 24 de agosto de 1834 que se levantasen los cordones establecidos con objeto de impedir la propagacion del cólera morbo asiático, mandando que se restablecieran las comunicaciones interiores con toda la estension que tenían ántes de formarse aquellos, tuvo presente los males que el sistema de aislamientos produjo en muchos pueblos de la Península y los justos clamores que elevaron varias autoridades y corporaciones, pidiendo que se modificase un sistema que no solo habia sido inútil para evitar la trasmision del mal de unas localidades á otras, sino que habia paralizado el tráfico é imposibilitado el conveniente abastecimiento de los pueblos. Por el nuevo y detenido exámen de esta epidemia, y por la historia de los fenómenos observados en su propagacion, han quedado convencidos aquellos que profesan ideas de contagio, de que son inútiles los cordones y las incomunicaciones. Afortunadamente la referida epidemia no ha invadido todavía la España: pero como su marcha por el Norte de Europa haga muy posible que tambien llegue á la Península, deber es de las autoridades evitar que se reproduzcan los males que en la época citada se ocasionaron por efecto de haber adoptado entónces ciertas medidas que la experiencia vino á

demostrar ser no solo inútiles, sino perjudiciales. Por efecto de estas observaciones, la Reina (Q. D. G.) quiere que se inculque á los pueblos la idea de las inmensas ventajas que los mismos han de reportar si conservan completamente libres sus comunicaciones y se convencer de que esta enfermedad, como cualquiera otro mal de los conocidos, aunque varíe en sus formas y accidentes, podrá evitarse con el aseo y buen régimen. De esta manera las autoridades podrán dedicarse con toda libertad á poner en práctica las medidas higiénicas, que son el único y verdadero remedio, con las cuales entrará la España con la reforma sanitaria que necesita, acaso mas que otra nacion europea.

En su consecuencia ha tenido á bien mandar S. M.:

1º Que aunque aparezca el cólera en Francia ó Portugal no se establezcan cordones, lazaretos ó cuarentenas de ninguna clase en los pueblos de las respectivas fronteras terrestres.

2º Que si la referida enfermedad se declarase en cualquier punto de la Península, cuide V. S. muy particularmente de proteger y hacer que se proteja la libre circulacion de todos los pueblos entre sí, y de evitar que por dicho motivo se cause la menor vejacion á los viajeros.

Y 3º Que de ningun modo permita V. S. el aislamiento ó incomunicacion de los coléricos en los barrios, casas ó establecimientos públicos de las poblaciones.

De Real órden lo digo á V. S. para su inteligencia y efectos correspondientes, haciendo publicar esta disposicion en el Boletín de la provincia, y dando aviso de haberlo verificado. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 18 de enero de 1849.—San Luis.—Señor Gefe político de....

PALMA DE MALLORCA.

IMPRENTA DE D. FELIPE GUASP.